

PARA EN BREVE

¡El mayor acontecimiento del año!

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

deseando corresponder a la constante buena acogida que le dispensan sus numerosos lectores, no repara en sacrificio alguno para preparar algo verdaderamente extraordinario, algo que sobrepasará todas las esperanzas,

¡ALGO QUE SORPRENDERÁ A TODOS!

¡Una enorme sorpresa  
para nuestros lectores!

IMPORTANTE

Estamos reimprimiendo todos los números agotados por lo que nuestros lectores que deseen completar sus colecciones pueden pedir los números que les falten en todos los kioscos.

¡NO OLVIDARLO!

E. VERDAGUER MOREIRA.-TOPETE, 16.-TARRAGONA

50  
La Novela Semanal  
Cinematográfica

N.º 110

25 cts.



LA VENGANZA  
DE UNA HERMOSA

por  
Arlette Marchal  
FilmoTeca  
de Catalunya

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 110

---

# LA VENGANZA DE UNA HERMOSA

Comedia dramática, de asunto original, interpretada por  
la bella artista tan cariñosamente acogida por el pú-  
blico, **ARLETTE MARCHAL**

Producción: **LES FILMS LEGRAND**

Clasificación: **SUPERFILMS**

Presentaciones del



CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS

Por contracción comercial: **C I E C**

Central: Aragón, 231 bis :: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**GARETH HUGHES**

El arma más poderosa del mundo  
es la belleza de una mujer.

Cuando la noche sombría cae sobre París, unas calles se animan al destello de mil luces fantásticas, y otras al sumergirse en las tinieblas parecen declinar toda garantía de seguridad personal. Por un dédalo de estas últimas tenía que pasar Jaime Vogan, joven de unos 25 años, cajero de la casa Requier, para regresar a su casa.

De súbito, una noche, oyó voces que demandaban auxilio, y, guiándose por los gritos, llegó hasta el lugar de donde partían.

Allí vió a una mujer que se resistía a ser despojada de cuanto llevaba encima de valor por un atracador.

Jaime, atento sólo a la defensa de la dama en peligro, se abalanzó al miserable y, preparando de antemano sus golpes, le hizo rodar sobre la encenagada tierra del arroyo. Una y otra vez levantóse el ladrón para hacer frente al intruso que le estropeaba el «negocio» y otras tantas volvió a ser derribado por el cajero... hasta que no se movió más mientras él estuvo en su presencia.

Aun no repuesta del susto, la joven se dejó conducir por Jaime como una niña. Este la llevó a su casa, que estaba a proximidad de donde ella fué atracada.

—Creo haber obrado bien trayéndola aquí, pues no se me ocurrió otro lugar más apropiado para que usted pudiera recobrar su serenidad con tanto motivo perturbada. Me cupo el honor de serle útil en una situación difícil

para una mujer, y ahora me cabe también el placer de ofrecerle con mi morada mi incondicional amistad—la dijo Jaime.

Y terminó presentándose.

—Muchas gracias, caballero. No olvidaré jamás su noble acción... Pero... después de todo, quizá más hubiera valido que aquel asesino realizase su intento... Estoy sola en el mundo desde hace un año que perdí a mi madre... sin hogar... sin trabajo...

—¿Es posible?...

—En fin, ya estoy algo más tranquila... Puedo ahora retirarme... Nuevamente muchas gracias. Mañana veré si doy con un empleo cualquiera... Por si se acuerda usted de mí alguna vez me llamo Adriana.

—Pues bien, señorita Adriana, permítame que respetuosamente me oponga a que salga usted de mi humilde retiro a estas horas para aventurarse por esas calles donde el mal está al acecho... Quédese aquí hasta el nuevo día... El riesgo que corrí por salvarla quedará con exceso compensado con la prueba de confianza que usted me otorgará aceptando mi desinteresada hospitalidad.

—Creo es abusar...

—Es una dicha para mí.

—En este caso...

—Ese será... por hoy... su lecho...

—¿Y usted?

—Ese canapé me sobra... Buenas noches, Adriana.

—Buenas noches, buen caballero...

Dos sonrisas... unos ojos coquetuelos y dos

corazones jóvenes y libres... ¿qué más necesitaba Amor?...

Poco tiempo después, la aventura de una noche tuvo la espléndida apoteosis del triunfo de la ilusión, uniéndose los héroes para la eternidad.

Mientras la esposa amante cuidaba con ternura



Mientras la esposa amante cuidaba con ternura del adorado nido,...

nura del adorado nido, Jaime en la oficina trabajaba febrilmente para proporcionar a su mujercita el bienestar de que él se complacía en considerarla acreedora.

Enrique de Greysac, compañero de colegio de Jaime, era un individuo que sólo se movía

al imperativo mandato de los «croupiers» de los círculos de juego.

Ambos camaradas se trataron siempre, desde su mocedad, aunque Jaime no estuviera muy convencido de la lealtad de Enrique. Sin embargo, éste ejerció siempre una supremacía manifiesta sobre aquél, cuyo carácter era dócil.

Cuanto más meses pasaban, los enamorados esposos se adoraban más, y según ellos ningún hogar estaba tan lleno de cariño como el suyo.

*«Hoy te amo más que ayer  
Y menos que mañana»*

he aquí su frase favorita, que recordaban de un contemporáneo ilustre.

Un día...

—¡Necesito quince mil francos, Jaime, amigo mío!—dijo a éste en su despacho Enrique, apremiante—... Si antes de una hora no los he pagado estoy perdido.

—No puedo complacerte, Enrique, y lo lamento con toda mi alma.

—Te juro por mi honor que te los devolveré antes de fin de mes...

—Pero si es que yo no poseo esta suma... Bien sabes que mis medios de existencia se reducen a mi sueldo mensual en esta casa.

—Ya sé... Mas, si tú no la tienes, puedes, sin embargo, disponer de ella... Tú eres el cajero... Te repito que a fin de mes te devolveré el dinero y así tu balance de caja no acusará ninguna diferencia cuando lo presentes a tus jefes. En cambio el favor que me habrás hecho me librará del descrédito. Si te niegas... no sé qué haré... Soy capaz de todo...

—Espera... te complaceré... Pero no olvides la terrible responsabilidad que contraigo al distraer este dinero del arca... Te confío, con él, mi honor.

—Eres un excelente amigo, Jaime, y no me equivoqué al dirigirme a tí en la apurada situación en que me encuentro. Gracias, gracias...

—De nada, hombre, de nada... Si fueran míos esos francos te daría el plazo que quisieras para reembolsármelos, pero es fuerza que insista en que no has de faltar a tu promesa.

—Te aseguro que no debes pasar el menor cuidado respecto a ello.

—Hasta fin de mes, pues.

—O antes, como así lo espero.

—Mejor será.

—Es muy probable.

Ante la seguridad de Enrique de devolver en la fecha convenida el préstamo que le hacía, Jaime prosiguió su trabajo sin recelo alguno... pero si hubiera seguido los pasos de aquél se habría percatado de que había cometido un gran error.

En efecto, Enrique le había pedido aquella suma para probar de recuperar en el juego algunas cantidades que perdiera de unos días a aquella parte, sin conseguir más que aumentar de quince mil francos sus deudas.

El día del vencimiento, Jaime, extrañado de que Enrique no le hubiera dado señal de vida, fué a su casa y se enteró, por el portero, con la natural estupefacción, de que aquél se había marchado hacía tres días sin dejar señas, ignorándose la fecha de su regreso.

Presa de angustia, Jaime corrió a refugiarse en el consuelo de la mujer amada, como el niño se arrulla en el seno de la madre.

—Mañana debo presentar el arqueo de la caja... y se notará que faltan quince mil pesetas... Un amigo infame será la causa de mi deshonor...—expuso a su esposa.

—No pierdas la esperanza, Jaime... Tal vez...

—No, Adriana... Ese hombre me traicionó inicuiamente.

En verdad, Enrique no cumplió y, llegado el momento tan temido por Jaime, el cajero fué acusado por la Dirección de la casa.

—¿Qué motivos le impulsaron a sustraer esos fondos de la caja?—preguntóle el gerente.

—Lo que diría les parecería tan inverosímil... que prefiero guardar silencio—repuso el inocente culpable.

—Siento, pues, ordenar su detención, para que la justicia entienda en este caso.

Y Jaime conoció el dolor tras las rejas de la cárcel.

El proceso fué de resultados deplorables para el acusado... Sin pruebas, balbuciendo una excusa que se calificó de absurda... Jaime, el que pecó fiando en la amistad de un hombre, se vió condenado a tres años de prisión.

Adriana creyó morir de pena.

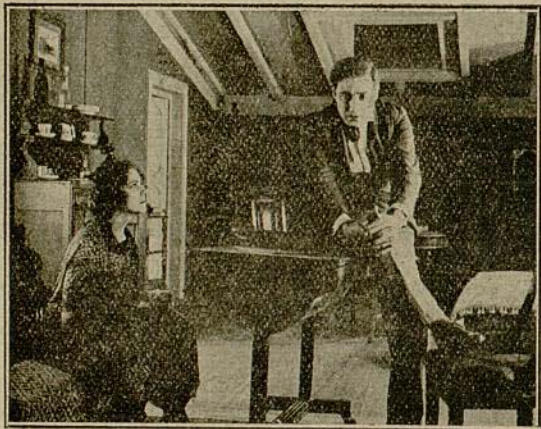
\*  
\*

Durante la condena de su esposo, Adriana vivió estrechamente con el producto insignificante de ciertas labores que hacía en la modesta habitación que alquiló, sumado al importe de la venta de los muebles y joyas que tenían algún valor,

Cuando Jaime recobró la libertad, era de suponer que volverían a ser felices los dos amantes esposos, mas el fracaso de aquél en colocarse cerraba el paso a la dicha.

Siguieron días de horrible angustia... El desaliento y la miseria cerníanse sobre su hogar.

Cierta vez que Jaime tardaba más de or-



Siguieron días de horrible angustia....

dinario, Adriana se entregó a la esperanza de que, al fin, lo admitían en alguna parte.

Pero no fué así, pues cuando él llegó lamentóse así a ella:

—Nada... siempre lo mismo... ¿Dónde quieres que vayan a tomar referencias los que accederían a darme trabajo?

—Tal vez mañana, Jaime... No desesperes...

Mientras no encuentras nada, yo trabajaré cuanto pueda para que no nos falte la comida... Dios se compadecerá de nosotros, que no hicimos nunca mal a nadie.

—... ¡En mi vida maldije a un hombre, ni abrigué odio alguno... pero... si encontrara a Enrique!...

—No, no, Jaime... Aparta de tu mente esas ideas que la entenebrecen. Devuélveme por completo la tranquilidad que perdí desde que se te llevaron de mi lado... Prométeme que no pensarás más en ese miserable que tal vez haya huído al extranjero.

—¡Qué buena, qué santa eres, mi Adriana!

Cierta noche, término de un día de nerviosidad y angustia, Jaime parecía vacilar... barruntar algo terrible...

La desventurada Adriana, observó la agitación de su esposo, comprendió que el recuerdo del amigo infiel la motivaba, y, sin conocerle, odiaba a ese canalla con toda su alma.

Jaime se levantó de pronto de la silla donde estuvo buen rato pensativo, y se dirigió a la puerta para salir.

—¡Jaime!—le detuvo Adriana—¿Dónde vas a estas horas?

—Vuelvo en seguida... No temas nada.

Mas no era muy indicada la actitud de Jaime para desviar la intuición de una mujer enamorada, y Adriana se decidió a seguir los pasos de su marido.

Enrique de Greysac había regresado sin ocuparse ni poco ni mucho de su antiguo amigo. Sólo estaba entonces atento a derrochar

como siempre, en francachelas, una fabulosa herencia que había percibido hacía poco.

Jaime había tenido noticia de ello aquella tarde y esperó que las sombras le ayudasen...

Cerca de la casa donde vivía Enrique, Jaime vió aparecer un automóvil y reconoció al hombre que buscaba en el que ocupaba el vehículo.

El coche se detuvo en una especie de plazoleta o encrucijada y Enrique se apeó para introducirse en una de las calles.

Jaime le cerró el camino obligándole a no moverse de la plazoleta que estaba sumida en protectora obscuridad.

Adriana, a unos metros de distancia de los dos hombres, espiaba sus movimientos.

—¡Al fin te encuentro, cobardel...—le echó en cara Jaime a Enrique—. Por tu culpa perdí la honra... y esta noche salí dispuesto a perder la vida... ¡pero tú lo harás antes! ¡Eres un cobarde, un miserable... y sólo mereces que te parta el corazón!

—Déjame en paz... Lo pasado... pasado está.

—Para tí, sí; para mí, no. Y te aseguro que si sufrí resignado mis tres años de cárcel lo hice con la esperanza de que llegaría este encuentro. No, no vivirás riéndote de tu víctima... Defiéndete, si quieres, y no importa que muramos los dos... Lo que sí deseo es tu vida para que te juzgue Dios ya que los hombres no lo hicieron.

—Agotaste mi paciencia... y tus amenazas se contestan con esto... Toma... Así jamás tus labios podrán pronunciar mi nombre.

Se oyó un disparo.

Lo hizo Enrique.

Se vió caer a Jaime, alcanzado en el corazón. Y unos gritos salieron de una garganta oprimida por la emoción:

—¡¡Socorro! ¡Asesino! ¡Asesino!!

Al verse descubierto, Enrique, dominado aún por la fiebre del acaloramamiento con Jaime, encañonó su revólver a la mujer y el tiro la alcanzó en la muñeca dejando huella de su paso para toda la vida.

Tras esta doble locura, Enrique huyó.

Adriana, conteniendo con su pañuelo la hemorragia de su herida, quiso auxiliar a Jaime, mas su corazón se desgarró al comprobar que ya no existía.

Y fué entonces... en aquellos instantes supremos de congoja y dolor, cuando una mujer hermosa, ante el cuerpo inanimado del hombre querido, prometió vengarse.

\* \* \*

Pasó algún tiempo.

El proceso contra Enrique de Greysac fué sin consecuencias para el asesino.

Al final del mismo, los periódicos publicaban la siguiente nota:

*Vista de la causa contra Enrique de Greysac, el acusado ha sido absuelto libremente por haberse podido comprobar fácilmente que obró en defensa propia.*

*Por lo demás, se ha venido en conocimiento de que el agresor que resultó muerto era un individuo sospechoso, salido de la cárcel.*

En vista de la ignominiosa injusticia que los hombres cometían con la memoria de Jaime, Adriana prometió no quitarse nunca el luto in-

timo por él, y no amar jamás a ningún otro hombre.

Para ganarse el sustento, Adriana vendía flores, sus hermanas.

Cuadraba el oficio a la majeza de la persona... pero no era únicamente por tal armonía por lo que Adriana había escogido aquella ocupación... Ella sabía que se encontraba al principio del mejor camino para ejecutar lo que una fuerza misteriosa la impelía a cumplir.

El punto de venta más frecuentado por ella era la puerta del *Royal's Club* donde se reunía lo más selecto de la sociedad parisina varonil.

El conde de Argeville era un solterón empedernido, filósofo a su manera, altruista hasta el punto de proteger a los necesitados sin esperar un pago vergonzoso si eran mujeres, o un servilismo odioso si eran varones.

Varios aristócratas advirtieron la singular belleza de Adriana, y llamaron al Conde para que la contemplara desde una ventana del círculo.

—La nueva florista es preciosa, amigo de Argeville—dijéronle maliciosos—. ¿Qué espera usted para protegerla?

Antiguo veterano de borrascosas lides de amor, el Conde a veces gustaba de convertir desinteresadamente a una mujer humilde y bella, en la *elegante* más codiciada de París... y ufanábase con ello tanto o más que los que obtenían ciertos *privilegios* de las que él entró en el palacio del amor y de la moda.

La proposición de sus amigos tentó al Conde, y eso contestó:

—Pues bien... sea. ¡Apuesto 100.000 francos a

que dentro de quince días esa muchacha será la envidia de todas nuestras mujeres!

Sonrieron los amigos ante la seguridad de conquista del Conde respecto a Adriana, y éste, yendo derecho a su idea, salió del club y mercó unas flores a aquélla.

De las frases vulgares de elogio a una mujer, el Conde pasó al murmullo de palabras de promesa.

—Eres demasiado bonita para ampararte en tan bello pero humilde menester... Yo puedo hacer de tí, en un instante, la mujer de moda... A cambio de ello... no pido más que poderme dar el gustazo de presumir ante mis amigos, paseándome al lado de la muchacha más hermosa de París.

—No, no, señor Conde... Usted se ríe de mí...

—Mi oferta es seria... Si te decides... mañana te espero en mi casa... Hé aquí mi tarjeta.

Después de una noche de insomnio, de duda y vacilación, Adriana sintió como una voz que le aconsejaba... ¿Acaso no era aquella una ocasión propicia de situarse sobre el camino de cumplir la venganza que prometiera? El gran mundo era el mar proceloso en el cual había de tender las redes de su belleza para capturar al monstruo que destruyó su vida...

Y así la mujer de alma enlutada y cuerpo radiante, acudió fielmente a la cita.

El ayuda de cámara del Conde la recibió y fué a preguntar al señor:

—¿Debo hacerla pasar... al salón íntimo?

—No—contestóle sonriente aquél—; es una aventura... desinteresada.

—¡Ah! Entonces... al salón de espera.



Retocóse con coquetería el solterón hastiado de la vida, para ser lo más agradable posible a pesar de sus canas y de su pesadez, y se entrevistó luego con Adriana.

—Yo te convertiré en una reina... Una reina toda gracia y hermosura—la dijo—. Conocerás todos los alicientes de la vida... Serás dueña absoluta de una legión de admiradores que se arrastrarán a tus plantas implorando una sonrisa...

—Está bien... pero... ¿cuánto vale todo esto?

El conde estuvo indeciso, mas no tardó en contestar noblemente:

—Un poquitín de cariño...

Y, Adriana, concretó:

—Bien entendido... este cariño será... el de una hija.

—Acepto, muchacha, que bien podrías serlo, pues mis años son más numerosos que los que aparento... Pero... pongo una sola condición...: mis amigos ignorarán que hemos hecho este pacto.

—Favor por favor...

El aprendizaje fué delicioso para Adriana.

Ante sus ojos—en casa de los mejores modistos de París—desfilaba cuanto de fantástico y bello ha creado la imaginación humana para deslumbrar a las mujeres.

Y poco después, hábilmente lanzada por el Conde, la modesta florista habíase transformado en la flor más bella y más codiciada de la «ciudad luz», en la que fulguraba por su hermosura y era famosa por su elegancia.

Y entre el lujo de las reuniones más «chics»

del mundo, parecía imperar, espléndida como una diosa, la figura sin par de la hermosa por todos admirada y en vano pretendida.

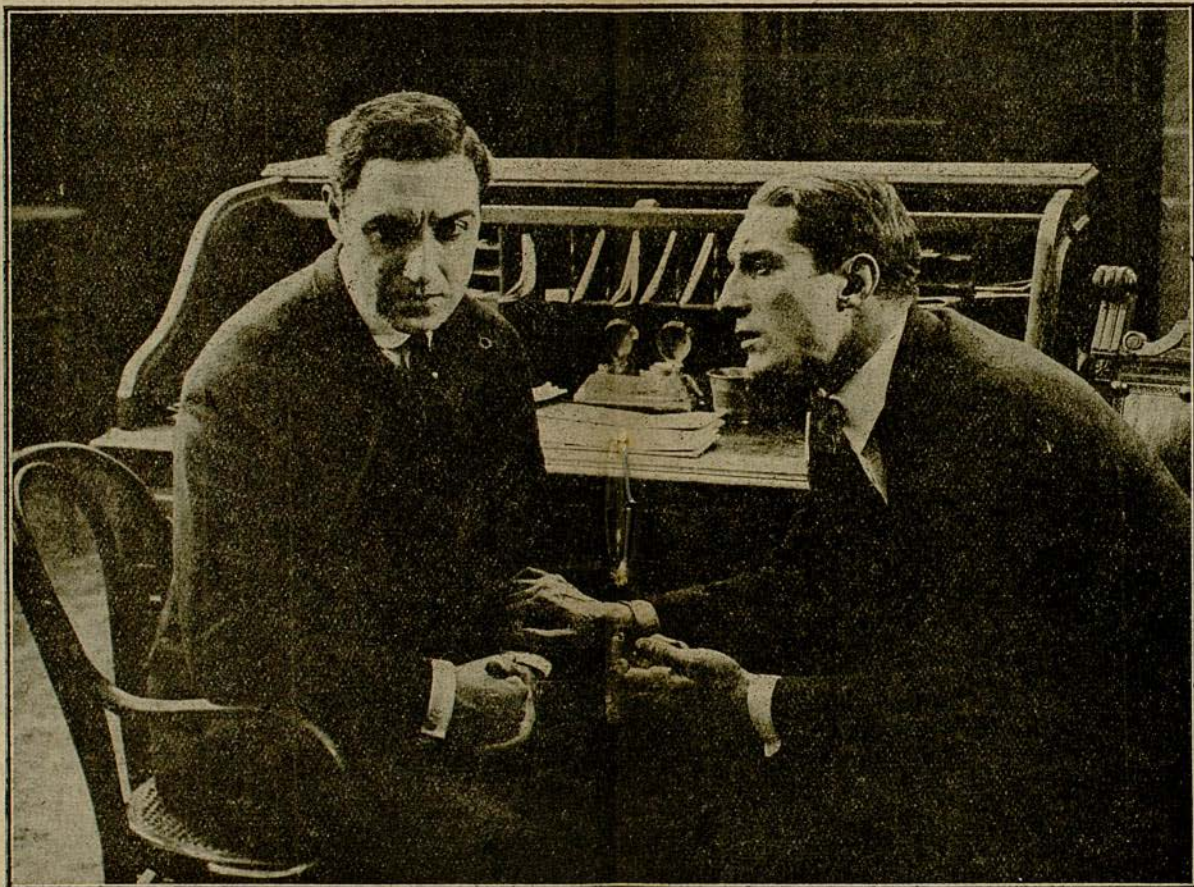
Al fin se le presentó a Adriana la tan busca-



...habíase transformado en la flor más bella y más codiciada de la "ciudad luz", en la que fulguraba...

da ocasión de trabar amistad con Enrique de Greysac en el *dancing* de moda.

Adriana esgrimió el arma poderosa de su beldad para rendir al nuevo galanteador, y



—¡Necesito quince mil francos, Jaime, amigo mío!... Si antes de una hora no los he pagado estoy perdido.

ciertamente Enrique ansiaba ya, desde el primer momento, adorarla...

Con coquetería irresistible, Adriana estimuló a Enrique a cortejarla, y así pues, éste, honrándose mucho con ello, le solicitó y obtuvo un baile.

Después de la danza, Adriana y Enrique se aislaron unos instantes en un saloncito inmediato al *hall*, mientras las demás parejas insistían con sus aplausos en que se «bisara» el «one-step».

—¿Le gusta a usted mucho el baile, señorita? —preguntóle Enrique.

—Al contrario... Odio la aglomeración de gentes y adoro la soledad. Mi mayor placer consiste en dar un paseo todas las tardes por el Bosque de Bolonia—contestó Adriana.

—¿Cada tarde?

—Casi todas...

Y... naturalmente, al siguiente día, de Grey-son iba al Bosque de Bolonia.

Y vió a Adriana...

Esta, que adivinó, la vispera, las intenciones de Enrique, fingió sorprenderse al verle cruzarse en su *cotidiano* paseo, y le dijo medio sonriente y medio severa:

—Debería regañarle, Enrique... Ha abusado usted de la confianza que le hice...

—Es cierto... y no me lo perdonaría nunca si realmente este encuentro la molesta a usted... ¡Es usted tan bella, Adriana... y parece usted tan buenal... Sólo puedo decirle, para expresarle mi admiración, que desde ayer, desde que por primera vez ví en sus lindos ojos los míos, no pienso más que en usted.

—¡Cómo!... ¿Tan pronto?

—Una mujer, Adriana, vence en el acto en que se le aparece a un hombre... o no vence. Usted, como el César, *vinó, vió y venció*.

—No me haga usted reír, Enrique... Son ustedes tan hábiles, los hombres...

—No niego que esta vez quisiera serlo... para que se convenciera de cuál es el sentimiento que me inspira usted.

Adriana sonrió... La emboscada iba camino de la victoria... Se cumpliría la venganza inolvidada...

Y trocóse en habitual costumbre el encuentro «casual».

Cierta tarde, Enrique, fijándose en una cinta negra que rodeaba la muñeca izquierda de Adriana, le preguntó:

—¿Por qué lleva siempre esta pulsera de terciopelo?

Adriana se apresuró a disimular el ligero desconcierto que tuvo, y respondió:

—Simple coquetería...

Difícil le hubiera sido explicar el origen de aquella *coquetería* que ocultaba la cicatriz del balazo que el propio Enrique le disparara aquella noche trágica...

Y siguió el *flirt* entre la vengadora y el culpable.

—Adriana... la quiero... la quiero...

—No le puedo prohibir tal cosa... pero yo no le quiero aún... Con el tiempo, si usted procura seguir amándome... tal vez yo pueda corresponderle...

—¿Qué prueba quiere usted ahora mismo de mi cariño fiel?

—Constancia... y nada más.

Entretanto, el ayuda de cámara del protector desinteresado de Adriana, decía a su señor, con picante malicia:

—Sin duda, la señora habrá encontrado alguna amiga y se le ha hecho tarde...

El Conde, que no participaba precisamente de la suposición de su criado, le mandó callar y se paseó nerviosamente por su casa.

Sin embargo, al regresar la retrasada, desapareció el malhumor del solterón.

Pero cierto día, el Conde recibió una carta durante la ausencia acostumbrada de cada tarde de Adriana, y su contenido le hizo tomar una resolución.

Decía el anónimo, pues lo era:

*Si a pesar de su ancianidad es usted aún bastante ingenuo para confiar en la fidelidad de Adriana, vaya cualquier día a las cuatro de la tarde al Bosque de Bolonia y se convencerá de que está en Babia.*

*Una amiga.*

El Conde pensó para sí:

—Está vez la envidia pica en falso, pues Adriana no es lo que aparenta ser... Sin embargo, es innegable que la conducta que por este escrito deduzco de ella, me pone en ridículo delante de mis amigos... Y eso, no... por más simpatías que le tenga a esa muchacha. De modo que lo mejor, es soltarla de mi jaula si encontró la de sus sueños. ¡Qué diablos, yo estaré contento de verla feliz!

Dispuesto a comprobar por sí mismo la verdad, y a dar una solución sin pérdida de tiempo a aquel caso, el Conde fué aquella misma

tarde al Bosque de Bolonia y, a poco de inspeccionar en todos los rincones, vió la pareja que buscaba. Contemplóla breves momentos a pocos pasos y sonrió.

—¡He aquí el verdadero amor... la juventud! —recordó.

Y sus oídos fueron acariciados por estas palabras:

—Adriana... hermosa Adriana... ¡Se lo juro con toda el alma!... ¡No puedo, no quiero vivir sin usted!

Entonces, tosió.

La pareja interrumpió su idilio y en sus rostros apareció el temor al escándalo.

—No se molesten... Quise cerciorarme de algo que presumía... Ya estoy satisfecho...

Adriana, como arrepentida, se marchó dejando a los dos hombres solos.

Enrique llamó a Adriana, pero ésta no se detuvo y desapareció de allí.

Los dos *rivales* se miraron fijamente. Enrique sospechaba un desagravio del Conde.

Mas no fué así, pues éste, sin dar importancia al asunto, le aseguró:

—No tema usted... No habrá tragedia. Ella es libre...

Al llegar a su casa, después de ambular por el Bosque, apesarado, entregado a sus pensamientos, el Conde encontró esta carta:

*Perdón, mi querido y noble protector. Huyo de Paris. Tal vez algún día pueda justificar mi extraña conducta...*

*Adriana.*

Enrique también recibió una nota de la mujer amada, redactada así:

*Sería la comidilla del «todo París» si continuara mi inconveniente aventura. Salgo de viaje. No nos veremos más.*

*Adriana.*

Inmediatamente, Enrique se trasladó de la suya a la casa de Adriana, donde su doncella le manifestó:



—No se molesten... Quise cerciorarme de algo que presumía...

—La señora ha salido de viaje sin dejar dicho donde iba.

—Eso no es posible... Tú me engañas, muchacha... Necesito saber el paradero de Adriana... Toma... Doscientos francos... pero no mientas.

—Pues bien... Ante tales razones... se encuentra en Roma, en el Gran Hotel.

—Gracias.

Guardóse la doncella el dinero que le diera el apasionado de su señora, y poco después redactó esta carta para Adriana:

*Señorita:*

*He seguido exactamente, con todos, sus instrucciones. El señor de Greysac no tardará muchas horas en encontrarse camino de Roma...*

*Su devota*

*Luisa.*

Mientras tanto, el Conde, en el club, ganaba cuanto quería al *poker*.

—Está usted muy contento... Nadie diría que Adriana... Ya reza el proverbio: afortunado en el juego...

Y el empedernido célibe hizo una mueca de desagrado. La broma era de mal gusto. Así lo comprendió el que se había permitido hacerla.

El ayuda de cámara<sup>\*\*</sup> del Conde, durante la limpieza del saloncito reservado a la colección de las fotografías de *las que pasaron por su vida*, vaciló delante de la de Adriana, y, volviendo el marco de cara a la pared, exclamó:

—Hermosa Adriana... no sé cómo clasificarle... ¡Aquí no ha existido nunca un apartado para... *amores platónicos!*

Dos días después, Adriana era *sorprendida* por Enrique en Roma.

—¡Cómo, de Greysac!... ¿Con qué derecho?

—Adriana... no me haga usted sufrir más... Bien sabe que la adoro, que sólo aspiro a no separarme de su lado... ¿Es que, acaso, no me quiere usted? ¿No exigió de mí constancia?

—Sí... tiene usted razón, Enrique... Voy viendo que llegaremos a ser buenos amigos... Ya no le reprocho el haberme seguido hasta aquí.

—¡Oh, Adriana!... ¡Qué rayo de esperanza!

Pasaron algunos días, y un amor loco, elevado al paroxismo por una resistencia sistemática, tenía a de Greysac fuera de sí, completamente atado de pies y manos a las órdenes de la eterna Eva hermosa...

Y, un día, Adriana supo concretar la situación creada por sus relaciones con Enrique.

—¿Por qué, amándonos ya, se niega usted a que la dé un beso... uno solo?—la preguntó él.

—Le repito que es inútil insistir. Sólo tendrá derecho a ello el hombre que me ame hasta el punto de hacerme su esposa.

—Pero, Adriana, ¿cómo ha podido usted creerme capaz de abrigar otras pretensiones? Si la deseo... si la quiero... si la necesito... ¡es para hacerla mi esposa adorada de mi corazón!

—¡Al fin veo que usted me ha comprendido!

—Claro, Adriana, claro... Yo sé que tú eres digna de todos los honores... Ni necesitaba saber qué clase de relaciones existían entre tú y el conde de Argeville para conocer tu honradez.

Adriana sonreía. Unos pasos más y la victoria sería un hecho...

Se casaron y volvieron a París, para habitar la casa de Enrique.

Cuando estuvieron solos, Enrique desbordó su entusiasmo:

—Adriana... ¡mía al fin!... ¡Qué delicioso encanto experimento al pronunciar esta palabra!

—Espera, Enrique... Voy a despojarme de estos velos.

—No... Yo lo haré.

—Por favor, sé paciente... Tú no sabes cómo están puestos... No me sigas... Sé cariñoso con tu mujercita... Regreso en dos minutos a tu lado...

Enrique, obligado a ello por complacencia,



—¡Al fin veo que usted me ha comprendido!

dejó hacer a su esposa. Y breve, en efecto, fué la espera.

Cuando reapareció Adriana, Enrique asombróse y retrocedió instintivamente.

—¡Adriana!... ¡Qué significa esto! ¿Eh?... ¡Esta mirada... este traje!

En aquellos momentos de angustia terrible, la hermosa experimentó la satisfacción de la

tigresa ante la víctima... ¡que una mujer cuando amó una vez con pasión, capaz es de trocar la sensibilidad en fiera para vengar la memoria del hombre amado!

--¿Con quién te imaginas haberte casado... miserable? ¡Este vestido es el que llevaba puesto cuando era feliz con el único hombre que



—¡Aunque haya ido a tu lado al altar, sigo siendo la esposa fiel de Jaime Vogan!

amé! ¡Aunque haya ido a tu lado al altar, sigo siendo la esposa fiel de Jaime Vogan!

—¿Qué?... ¿Qué has dicho?

—Sí... de Vogan... ¿No lo recuerdas? ¡Fué aquel amigo fiel que asesinaste después de haber arrebatado su honra! Y el brazalete que llevo siempre, ¿sabes para qué sirve?... ¡Míralo!

¡Para ocultar la huella de la herida que tú hiciste al único testigo de tu crimen!

—¡Oh, calla, calla! ¡Qué horror!

—¡Quiero que lo sepas todo, todo, miserable! ¡En el fondo de mi corazón se acumuló el odio... la sed de venganza... Habría podido denunciarte, pero preferí otra venganza más prolongada... más refinada... He querido ser el eje de tus pensamientos, para que en todo momento las tortuosidades repugnantes de tu cerebro, no vean, no sientan otra cosa que el peso de mi condena!... ¡Y has de morir o enloquecer al lúgubre grito de aquella noche horrenda que ahora retumbará continuamente en tus oídos!... ¡Asesino! ¡Asesino!!

Enrique se dejó caer en un sillón y se mordió los puños con fiera, sin que advirtiese el dolor que se hacía.

Desde entonces empezó la farsa para los extraños. Pero cuando los esposos regresaban al que debía ser cálido nido, la espantosa realidad zahería nuevamente al reo.

Y así uno y otro día... por la fidelidad de un amor imperecedero, una mujer siguió aplicando el mayor suplicio al que todo se lo había arrebatado.

Pasó algún tiempo. Adriana, exaltada por el culto a su adorado desaparecido, extremaba de día en día su rigor. A cada momento sentía acrecentar su odio hacia el hombre que destruyó su primer y absoluto amor.

—¿Por qué hay los tres cubiertos en la mesa?—preguntó un día Enrique a un criado.

—El tercer cubierto es para un amigo de la señora... para don Jaime Vogan.

Colérico, Enrique fué a protestar de ello ante Adriana.

—Usted lo permitirá todo y lo consentirá todo... a no ser que prefiera entregarse a la justicia, rehabilitando la memoria de mi Jaime.

Enrique, brutalmente derrotado, acataba, por obligación y por amor, las órdenes de Adriana... y pagando las fabulosas facturas de ésta, menguábase aceleradamente el capital de la herencia, hasta el punto que su administrador le puso sobre aviso.

Entonces Enrique objetó a su esposa delante de la ley:

—Adriana, debo manifestarte que esta odiosa comedia termina aquí... Mi fortuna hállase seriamente amenazada por tus despilfarros inverosímiles... ¡Y antes que tus caprichos sitúo mi seguridad personal!

—¡Ahora habló de un modo digno de usted! Es capaz de soportarlo todo menos el que atenten contra su bolsa... cuando por el dinero fué un miserable, un asesino. ¡Pues sepa que entra en mis planes el arruinarle! ¡O esto, o entréguese usted mismo a la Justicia y rehabilite a su propia víctima!... ¡Escoja!

\*\*\*

Enrique, completamente enloquecido, frecuentó la Bolsa y arriesgó en negocios fantásticos, con poca suerte, el escaso caudal que le quedaba.

Pero aun le faltaba al pérfido Enrique saborear el veneno de los celos.

Adriana preparó una ocasión para que el villano sospechara de ella leyendo un trozo de escrito que decía: «Te espero esta noche...

costumbre», y cuando llegó la noche envuelta en sombras de duda, de remordimientos, y de desesperación para el culpable que supo burlar la justicia de los hombres pero no la de una mujer hermosa y enamorada, Adriana vistióse de calle y se dispuso a salir de su casa. Enrique, que la espiaba, se opuso a que se marchara:

—¿Dónde vas a estas horas?

—¡Donde a usted no le importa!

—He llegado ya al colmo de mi paciencia y desesperación... ¡Necesito que esta comedia termine de una vez!

—Si tanto le interesa saber donde voy... sígame.

Enrique no se lo hizo repetir y unos minutos después se hallaba con ella en una sombría encrucijada.

—¿Recuerdas este lugar?—preguntóle Adriana. Aquí cayó mi amado... Aquí debieras tú matarte, asesino.

—¡Suéltame! ¡Eres sangriental!

Enrique se desasíó de la garra de Adriana y vagó toda la noche como un loco.

Al regresar, con el alba, a su casa, pidió a hablar con su esposa, que descansó tranquilamente mientras él se desesperaba por las calles.

—¡Adriana, soy yo, abre!

—¿Qué quiere usted?

—¡Quiero paz! Este juego ha durado demasiado y no lo puedo consentir ni un minuto más... ¡Ahora mismo es preciso que arreglemos las cuentas!



—Devuelve la honra y la vida a quien se las robaste, y te reintegraré la tranquilidad.

—¡Tú quisieras que me entregara a los tribunales para quedar tú libre!... Pero te engañas si me crees tan necio... ¡Eres mi mujer, y quiero usar de mis derechos! ¡Soy el hombre aquí, soy el amo! Ya no me importan tus amenazas. ¡Serás mía!

—¡Monstruo!... ¡Canalla! ¡Asesino!... ¡Asesino!

—¡Calla, calla... o disparo!

—¡Sí, eso es, cobardo!... ¡Mátame como a él! ¡Qué te importa un nuevo crimen!

Pero el culpable sintió, en un momento de clara visión, todo el peso de la Divina condena... y desvió el arma que dirigía a Adriana, contra su corazón, quitándose la vida.

No bien dejó de existir el asesino del hombre amado, la que sin más arma que el talismán de sus encantos había conseguido castigar al culpable sintió que todo su ser se estremecía, como si huyeran de su alma la saña y el rencor.

Y volvió a su espíritu la ternura y la bondad...

En su dolorosa soledad, Adriana pensó en el noble conde de Argeville, y se presentó en su casa, donde fué recibida con verdadera alegría.

Adriana contó el secreto de su vida al Conde, y éste la consoló.

—Ahora siento que he cumplido mi misión en este mundo... ¡No le abandonaré más!... ¿Quiere que sea *definitivamente* su hija?—añá-

dió Adriana—. Yo en mi viudez y usted en el ocaso de su vida podemos vivir, sino felices, plácidamente.

—Señor conde, ¿debo preparar el frac o el smoking?—preguntó a su señor el ayuda de cámara.

Aquél no contestó.

Por primera vez el bueno de Argeville sintió todo el encanto de la vida de un hogar.

Y, entonces, ordenó a su criado:

—Desde esta noche... prepárame ¡el batín y las zapatillas!

Adriana vió contestada también su oferta.

Y las manos rugosas del solterón sin más familia que su oro inútil, acariciaron, cual a una hija o nieta, el rostro sonriente de una mujer buena que sería el encanto de su vejez.

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Próximo número:

la extraordinaria producción  
del predilecto y simpático ar-  
tista español:

ANTONIO MORENO

# JUEZ DE SI MISMO

secundado por la gentil  
BETTY FRANCISCO

¡Gran éxito asegurado!

Postal-fotografía:  
KATHERINE MAC - DONALD

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio, 25 céntimos.